

PATIO DE SUEÑOS

Por PERLA CARTAYA COTTA

Cuando pienso y sueño con la educación que deben recibir quienes constituirán las familias del futuro, es inevitable la evocación de mis primeros e inolvidables maestros, Jesús Escandell Rey y Consuelo Romero, ya fallecidos, porque me enseñaron a amar y a respetar la historia de mi país y me condujeron, con mi madre, por el camino del amor a Dios. Supieron crear en las aulas y en el patio de la vieja casa de la calle Habana No. 658, un espacio donde los niños podíamos leer, jugar, soñar y dar rienda suelta a la imaginación y la fantasía en torno a cosas y hechos lindos y virtuosos que fueron sentando las bases –junto a las enseñanzas y ejemplos de cada día- de lo que habíamos de ser en el futuro: cubanos dignos de nuestra nación.



Julio Alberto Casanovas y Danay Farías en una escena de *Patio de Sueños*.

Jesús y Consuelo, por muchas razones, siguen teniendo un lugar en mi quehacer profesional de cada día, como lo tienen también don José de la Luz y Caballero, el primer maestro cubano que expresó la urgencia para la patria de infundir a sus hijos con la leche, un amor entusiasta por ella; y José Martí Pérez, quien escribiera en 1894: "... La historia de América de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria..." (Patria, Nueva York, 22 de septiembre). A ellos ofrecí callado homenaje cuando, en la década del noventa, escribí para la televisión cubana *Patio de sueños*.

I

No voy a contarles la historia de *Patio de sueños*, pero permítanme transmitirles determinadas circunstancias y recuerdos al respecto.

Ese programa –el único que la redacción Infantil-juvenil tuvo por aquellos años para fomentar en los destinatarios el necesario amor a nuestra tierra, a sus próceres y cultura-, surgió por iniciativa de la doctora Asela de los Santos, quien se acercó a mí (¡siempre se lo agradeceré!) para que pensara en la creación de un proyecto que se dirigiera a los fines antes señalados; la doctora De los Santos fungía entonces como Asesora del Presidente del Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT), y yo era profesora de la Facultad de Pedagogía del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona.

Elaboré el proyecto de manera que consolidara y ampliara el contenido del programa de Historia de Cuba para el cuarto grado, pero le incorporamos pasajes de la historia de los aztecas, los mayas y los incas, y de las vidas de próceres americanos: Morelos, Hidalgo, Bolívar, San Martín y otras figuras ilustres de nuestro continente.

II

Patio de sueños fue una secuencia de breves viñetas monotemáticas (cinco minutos en pantalla durante una buena parte de su existencia y 13 en su última etapa), pero enlazados por un hilo conductor. Los protagonistas eran Don Pepe y Pilar, desempeñados, durante la mayor parte del tiempo, por el excelente actor Julio Alberto Casanova y la niña Danay Farías Gómez, que ya cuenta con 23 años y no logró seguir el camino del arte; durante la última etapa fue la niña Lilian Marín quien dio vida al personaje de Pilar.

El programa –que siempre contó con un buen equipo técnico- recibió la impronta de varios directores. Recuerdo, entre ellos, a Radamé Pérez porque fue el primero; a Tomás Piard porque significó un momento de lujo tenerlo al frente de *Patio...*; y a Nohemí Cartaya porque con talento y acierto asumió la última y más importante etapa del proyecto: la de los fundadores de la nacionalidad. En los diálogos que, como los anteriores, siempre fueron dramatizados, vibraron las voces de los padres fundadores transmitiéndoles a los niños, de manera asequible, sus ideas y virtudes morales y cristianas. Evoco en este instante al actor Rafael Lahera en su caracterización del padre Félix Varela, que yo sé caló hondo en él; en su voz, los mensajes del Siervo de Dios, expresados en *El Habanero* y *Cartas a Elpidio*, tuvieron la intensidad y emoción suficientes para llegar a los destinatarios, quienes también pudieron percibir la influencia que el profesor del seminario de San Carlos ejerció en sus alumnos.

Disfrutamos mucho en la grabación de todos esos capítulos; juntos vivimos momentos inolvidables y pruebas de amistad y solidaridad que nunca olvidaremos: el equipo estaba unido por el amor y el respeto a nuestra historia, por

el deseo de hacerlo bien, por encima de todas las dificultades materiales. Realmente fue un ambiente muy lindo y estimulante el de la última etapa, entre cuyos detalles se encuentra el trabajo voluntario que, por iniciativa del actor José Antonio Roche, realizamos para reparar, en lo posible, la tumba de José Antonio Saco, en la necrópolis de Colón y el sencillo acto cívico que tuvo lugar allí para depositar, junto a su epitafio, una banderita cubana que confeccionó la mamá de Nohemí. Un punto y aparte merece la ayuda incondicional, desprovista de todo interés material, que nos proporcionara el Museo de la Educación (a cuyo frente estaban mis buenos amigos, los profesores Sergio González y Manuel Curbelo), cuando nos encontrábamos luchando por mantenernos a flote contra viento y marea: el Museo, situado entonces en la plaza de la Catedral, fue la casona donde grabamos, soñamos, reímos y lloramos. Fue, sencillamente, nuestra casa durante muchos meses, y sus trabajadores nuestros colaboradores que sólo tenían un propósito: que el programa se mantuviera en el aire.

Patio de sueños llegó a su fin, a pesar de todos los esfuerzos que se realizaron para evitarlo. Cuatro cursos escolares se mantuvo en la pantalla chica. Y aunque es cierto que siempre tuvo detractores dentro de la institución, creo sinceramente que terminó porque todo tiene su tiempo y ya el suyo había expirado.

EPÍLOGO

Han pasado los años. Es grato encontrar con frecuencia jóvenes –los niños y adolescentes de ayer- que lo recuerdan agradecidos; para ellos trabajamos.



Es cierto que en la televisión hay programas frecuentes que, de alguna manera, transmiten conocimientos históricos pero, a mi modo de ver, se carga a veces el acento en los hechos y próceres más cercanos en el tiempo a los cuales, por supuesto, no les resto importancia. Pero no van dirigidos a los niños.

A la televisión cubana le falta un espacio habitual, destinado a los escolares, que salga al aire en el tiempo libre que tienen los mismos, y fomente en los niños, junto con el conocimiento de nuestras raíces histórico-culturales, el orgullo de ser cubano, sentimiento que no deben identificar sólo con el presente porque su génesis está, y así deben saberlo, en el pensamiento y la obra de quienes forjaron la nacionalidad y la cultura cubanas.

Los niños constituyen un terreno muy fértil para la educación de los sentimientos y los valores morales que la familia y la patria requieren de ellos. Pero hay virtudes que urge educarlas tempranamente, y el patriotismo –tal como lo concibieron Varela y Martí- se encuentra en ese caso. Por eso la televisión, poderoso recurso de educación, según las investigaciones realizadas en Cuba y en otros países, debe colaborar estrechamente con la escuela para el logro de tan noble y compleja tarea.